

Raúl Fradkin, *La Historia de una Montonera. Bandolerismo y Caudillismo en Buenos Aires, 1826*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

María Bjerg
UNQ-CONICET.

Un personaje ignoto, Cipriano Benítez, y un episodio fugaz, la invasión armada al pueblo de Navarro en la madrugada del 13 de diciembre de 1826, son las excusas con las que Raúl Fradkin se adentra en la densidad de las tramas sociales y políticas de la sociedad de la campaña en los años 1820.

Benítez, un labrador avecindado en la Villa de Luján, comandaba aquella noche a un abultado grupo de hombres armados que proclamaban ser "montoneros y federales". Sin mayores dificultades habrían controlado Navarro logrando apresar y sustituir al comisario y al juez de paz, detener al recaudador de la Contribución Directa, reclutar nuevos miembros para su banda entre los pobladores de la Villa y buscar adhesiones a la causa utilizando recursos retóricos un tanto confusos entre los que no faltó la referencia al propósito de deponer al gobierno. Sin embargo, el control no se extendió más allá de unas cuantas horas. La resistencia de los vecinos y la acción de las milicias terminaron por derrotar a los atacantes. En el anticlimático desenlace de aquella proclama federal y montonera, algunos de los forajidos murieron, otros lograron huir, pero Benítez y varios de sus secuaces fueron apesados y llevados a los estrados de la justicia. El líder del fallido movimiento fue condenado a muerte y su ejecución tuvo lugar en la plaza de Luján un año después de la invasión a Navarro.

El juicio de Cipriano Benítez constituye la columna vertebral del relato, que combina una narrativa amena y un análisis sofisticado y minucioso que se despliega en varios niveles. La fuente judicial es abordada de una manera en extremo creativa. Fradkin la interpela en numerosas ocasiones de modo diferente para buscar en ella respuesta a un complejo de preguntas y problemas que ponen el foco en la cultura política de los campesinos, y en las formas de acción y las cambiantes relaciones cotidianas de los habitantes del mundo rural con un Estado todavía en formación. El autor intenta demostrar que las montoneras habrían sido espacios sociales que forjaban formas de identidad colectiva y política partiendo de preguntas como las que siguen: ¿cómo se reclutaba a sus miembros y que vínculos sociales había entre ellos?, ¿quiénes las lideraban y cómo se llegaba a ser jefe?, ¿qué relaciones se establecían entre los jefes montoneros y los caudillos?, ¿qué vínculos tuvieron las montoneras con el bandolerismo?

En su búsqueda de respuestas a estas cuestiones, Fradkin comienza por abandonar las clásicas perspectivas formalistas que veían en la montonera a una acción militar irregular, o las interpretaciones esencialistas que las relacionaban con determinadas expresiones sociales o culturales. En su lugar, propone una aproximación empírica a las acciones de los sectores subalternos que recoge el mejor legado de la historia social británica y de las aproximaciones más recientes de la micro historia italiana con su particular atención a la relevancia del contexto (o de los contextos); de la *Alltagsgeschichte* alemana y su énfasis en las experiencias de la gente corriente y las influencias de sus prácticas sobre los grandes procesos históricos; y de los análisis de redes.

En un minucioso trabajo de contextualización de la montonera de Navarro, el autor presta atención al intento de recomposición del poder central encarado por el gobierno de Rivadavia entre principios de 1826 y mediados de 1827; al conflicto internacional provocado por la guerra con el Imperio de Brasil; a la creciente presión reclutadora; a la oposición de las provincias al proyecto centralista; pero también -y especialmente- a la inestabilidad de los poderes locales. Esa inestabilidad que respondía a la más amplia lógica de la política nacional y de la extrema presión que el gobierno ejercía sobre las autoridades locales, a su vez estaba entramada en una suerte de racionalidad propia de los pueblos y las villas de la campaña que se expresaba en las recurrentes disputas de jurisdicción entre jueces de paz y comisarios, y en las tensiones entre autoridades y vecinos.

Esta última faceta, la local, que en buena medida explica el comportamiento político de los sectores subalternos que se sumaron a la proclama de Benítez, sólo puede comprenderse con una mirada en lo pequeño, con una reducción de escala que revele los entramados de relaciones que configuraron a la montonera. Esas relaciones conectaban a Benítez, un jefe peculiar ya que no eran militar, político destacado, ni terrateniente -figuras a las que clásicamente se ha relacionado con la jefatura de las montoneras- con hombres de su clase: la de los labradores, los pequeños productores y los peones. Esos paisanos de campo configuraban uno de los sectores sociales más afectados por los estigmas de la vagancia, la desertión y el pillaje. Sobre ellos recaía la fuerza de un dispositivo normativo estructurado a principios de los años 1820 que circunscribía las condenas a los males de la campaña en el "servicio de armas". La fuerza reclutadora del gobierno provocaba entonces descontento entre los sectores subalternos (los más directamente afectados por la leva) y entre los vecinos en general porque el servicio de armas privaba a la campaña de mano de obra, ponía en peligro las cosechas y transformaba a cualquier labrador pobre en un potencial desertor y facineroso.

Las protestas arreciaban y se expresaban de diferentes maneras. Los vecinos canalizaban sus demandas a través de los jueces de paz, firmando representaciones o haciendo llegar sus denuncias a los periódicos. Mientras tanto los sectores subalternos acudían a la migración (a la ciudad o a otras jurisdicciones) y a la deserción. Este repertorio de acciones colectivas le restaba, sin duda, legitimidad al gobierno. En ese vértice de la falta de consenso se inscribe la montonera de Benítez, una acción violenta que expresa un claro contenido político. Esta, que es la hipótesis fuerte del libro nos recuerda aquel iluminador trabajo de Eric Hobsbawm sobre la acción de los destructores de máquinas en Inglaterra durante la era de la industrialización. Así como Hobsbawm discutía la idea de que el ludismo fuese una *jacquerie* industrial inútil y alocada atribuyéndole más bien una lógica propia y una eficacia como método de presión de los trabajadores para obtener mejoras y reivindicaciones, Fradkin rechaza la idea de que la montonera de Cipriano Benítez fuese “una reacción primaria y espontánea de una parte de la población campesina, y menos aún una intervención despojada de toda conciencia y objetivos políticos”. Las montoneras no eran, como tampoco lo fueron los destructores de máquinas, un amontonamiento desordenado sin más fines claros ni motivaciones que el pillaje, el robo y el saqueo. El autor descarta incluso cualquier posibilidad de considerar que la reacción pueda ser leída como el resultado de una manipulación de la elite terrateniente, militar o política. Si es cierto que Benítez evocaba el nombre de Juan Manuel de Rosas, un hombre que se había distanciado abiertamente el gobierno y lo enfrentaba impulsando la recolección de firmas para una petición contra el proyecto oficial de división de la provincia, esa evocación no puede ser interpretada como alguna forma de manipulación “desde arriba”. Más bien, da cuenta de que la montonera se inscribe en un contexto que excede los límites de un episodio local y refleja de un lado, la intensa politización que la sociedad de la campaña experimentó en aquellos años, y de otro, el amplio repertorio con el que los pobladores ponían de manifiesto el rechazo a las políticas del gobierno de Rivadavia en la provincia de Buenos Aires, donde aún la confrontación no había cobrado ribetes violentos.

Como algunos afamados personajes de la microhistoria italiana (Menocchio y Giovan Battista Chiesa, por ejemplo), Cipriano Benítez y su montonera fueron excepcionales en tanto que su alzamiento y la invasión al pueblo de Navarro (desde donde la banda planeaba invadir también la Villa de Luján), fueron únicos en aquella coyuntura crítica de la experiencia rivadaviana. La excepcionalidad ubicada en un contexto y entramada en una reconstrucción en detalle de las vicisitudes biográficas de los protagonistas, cobra múltiples sentidos y explica no sólo el episodio que inspira el relato del libro sino también numerosos niveles de la política local y nacional, de la politización del mundo rural y de la agencia autónoma de los sectores subalternos.

El trabajo de Frandkin constituye sin duda una renovación de la formas de hacer historia social en la Argentina, y es a la vez tributario del impacto que la renovación que la historia social europea atravesó desde los años setenta. La lectura de las frágiles vidas de los sectores populares en las fuentes judiciales que proponía Arlette Farge en sus trabajos sobre la Francia del siglo dieciocho se advierte en el trasfondo metodológico que inspira a este libro. Los tempranos esfuerzos de Georges Rudé por establecer la composición social de la multitud y sus intenciones como vía de demostración de sus claros objetivos sociales, también inspiran la interpretación de las acciones de Benítez y sus seguidores. En un sentido similar, la obra de Fradkin abreva en las reacciones de la historia social británica encabezadas por Edward P. Thompson que pugnarón por una historiografía de fuerte sustento empírico a la vez que desarrollaron la esclarecedora noción de cultura de clase proponiendo un proceso de creación de una cultura específica a través de la luchas sociales. A su vez, siguiendo el camino trazado por los microhistoriadores italianos para iluminar la manera en que grupos y personas juegan una estrategia propia y significativa para condicionar y modificar las formas de dominación, el autor indaga el carácter cotidiano de la vida de un grupo de personas (no sólo Benítez y sus montoneros, sino las autoridades y vecinos de Navarro y Luján) complicadas en acontecimientos locales pero relacionadas con hechos políticos y económicos que escapaban a su control directo.

No sería justo no dar cuenta de que la obra también se nutre de las renovaciones historiográficas locales. Entre ellas las más evidentes son las que experimentó la historia rural tanto en sus aproximaciones económicas como sociales, las nuevas visiones sobre el surgimiento del estado provincial y la extensión de la ciudadanía política en la campaña de Buenos Aires en la primera mitad del siglo XIX; la relevancia que para la historia social han cobrado la fuente judicial y el estudios de los sistemas normativos y la relación entre norma, costumbres y prácticas; y finalmente, los nuevos caminos de análisis de las montoneras y el caudillismo abiertos por los trabajos que abandonan las visiones esencialistas para proponer novedosas interpretaciones de un fenómeno complejo que se resiste a los análisis lineales.